

lograr el segundo, era menester que los hombres de hierro, que habian llevado la revolucion hasta la capital, saltando de monte en monte y de breña en breña por encima de las bayonetas y de los cañones del dictador, desplegaran en los consejos de la política tanta sabiduría y tanta entereza como valor habian mostrado en las batallas. Pronto veremos que no faltaron estas cualidades á los heroicos caudillos de la revolucion.

CAPITULO NOVENO.

TRIUNFO DE LA REVOLUCION.

Pronunciamiento de la guarnicion de México.—Infraccion del plan de Ayutla.—Pronunciamiento del pueblo.—Gobierno del general Carrera.—Dificultades.—Renuncia.—Adóptase definitivamente el plan de Ayutla en la capital.—Plan de San Luis.—Nueva lucha de la revolucion.—Firmeza de los caudillos.—Peligros.—Comonfort en Guadalajara.—Sale para Lagos.—Conferencia de Lagos.—Convenios.—Comonfort en Guanajuato.—Marcha á Cuernavaca.—Ovaciones.—Motivos que tuvo para retardar su viaje.—Nombramiento de representantes para elegir presidente.—Llega Alvarez á Cuernavaca.—Es elegido presidente interino.—Efectos de esta eleccion.—Manifestacion de Comonfort.—Ministerio.—Comonfort ministro de la guerra.—Vuelve á la capital.—Ajtacion de los ánimos.—Síntomas de trastorno.—Pronunciamiento de Guanajuato.—Nombramiento de Comonfort para presidente sustituto.—Efecto que causó.—Rasgo notable de Alvarez.—Tranquilidad.

La fuga del general Santa-Anna fué el triunfo de la revolucion; pero la revolucion no estaba en la capital para recojer del suelo el poder que el dictador habia abandonado. Podia levantarle el primero que pasara, y no habia razon para llevarlo á mal, supues-

to que era entonces un bien para la República darla siquiera un simulacro de gobierno. Los dias que pasó sin él, desde el 9 hasta el 14 de Agosto, fueron dias de la mas cruel ansiedad para los habitantes de México, que sentian rugir sorda y amenazadora la tormenta popular, y veían acercarse el monstruo de la anarquía á destruir cuantos restos habian quedado de orden público. Conservóse éste por los laudables cuidados del gobernador y comandante general del distrito y por la digna actitud de los cuerpos de la guarnicion, bien que no se salvó la tremenda crisis sin que se mezclaran con los buenos arranques patrióticos, desahogos de mala ley, como ya se ha relatado.

El 13 de Agosto, dia de las grandes demostraciones populares, la guarnicion de México levantó una acta en la cual declaraba su adhesion al plan de Ayutla, nombrando general en jefe á Don Rómulo Diaz de la Vega que era gobernador y comandante general del distrito, y encomendándole el nombramiento de dos individuos por cada departamento, para que eligieran presidente de la República. El general Vega nombró á los representantes, y éstos eligieron el dia 14 para presidente provisional, al general Don Martin Carrera, quien entró al punto en el ejercicio de sus funciones.

Con esto se habia infringido el plan de Ayutla, que era la ley de la revolucion, al mismo tiempo que se

le proclamaba; y fué una lástima que por tan mal camino hubiera subido al poder el general Carrera, tan digno de ocupar los primeros puestos del Estado.

El mismo dia 13 muchos vecinos de la capital, á nombre del pueblo, levantaron otra acta, por la cual se adherian sin ninguna modificacion al plan de Ayutla; mas prevaleció por entonces la acta de la guarnicion, aunque todo el mundo veía patentemente que habia de durar poco el orden de cosas creado por ella.

Empezó á gobernar el nuevo presidente, y empezó á tropezar con infinitas dificultades, porque ni sus personales prendas ni la bondad de sus medidas bastaban para hacer que se echara en olvido la ilejitimidad de su poder. Espidió la convocatoria para el congreso constituyente, é invitó á los caudillos de la revolucion á que se reunieran en el pueblo de Dolores el 16 de Setiembre, con el objeto de conferenciar sobre la marcha que deberia adoptarse; pero aquellas disposiciones no produjeron ningun efecto, porque el gobierno no era reconocido; y el general Carrera tuvo ocasion de ver que todo el respeto que inspiraba su persona, se estrellaba en la bastardía de su autoridad. La renunció pues el dia 11 de Setiembre, y entonces se adoptó ya sencillamente el plan de Ayutla, quedando otra vez como general en jefe de las tropas del distrito, Don Rómulo Diaz de la Vega.

Como quiera que sea, hay que confesar que el gobierno del general Carrera hizo un gran bien, porque salvó al país de los horrores de la anarquía. Tocóle hacer muchas cosas buenas, y tuvo la gloria de satisfacer las grandes y urgentes necesidades de entonces. Empezó á recoger los esparcidos escombros del edificio político, que habian derribado los esfuerzos de la revolucion, los desmanes de la tiranía y la caída de los tiranos: dió las órdenes convenientes para que cesaran las hostilidades entre los pronunciados y el ejército, poniendo fin á las calamidades de la guerra: dictó medidas reparadoras, é hizo nombramientos de autoridades que todavía subsisten: preparó bien el camino al gobierno de la revolucion, que pudo encontrar despues la cosa pública en vía de reforma y de arreglo: probó en fin, que la República queria la libertad con el orden, y que si habia luchado denodadamente contra los que habian invocado el segundo para oprimirla, haria lo mismo contra los que invocáran la primera para desquiciarla.

Carrera, al dejar el poder, dió un manifiesto á la nacion, en el cual esplicaba los motivos de su conducta, y las reglas por las cuales habia guiado la política de su gobierno.¹

Otra emergencia no menos peligrosa para la revolu-

¹ Véase este *Manifiesto* en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXV.

cion, habia brotado al mismo tiempo que la de la capital. Mientras que la guarnicion de ella levantaba su acta de 13 de Agosto, infringiendo en su parte mas esencial el plan revolucionario, Don Antonio Haro proclamaba otro plan en San Luis, erigiéndose en primer jefe del movimiento político regenerador de la República.

De este modo, cuatro dias despues de la fuga de Santa-Anna, habia ya en el país dos nuevos elementos con los cuales tenia que luchar la revolucion; elementos tanto mas peligrosos, cuanto que ambos halagaban al pueblo en sus aspiraciones é intereses. Tanto el plan de México como el de San Luis proclamaban el principio de la libertad; y sin embargo, ni uno ni otro eran amigos de la revolucion que habia costado tantos sacrificios; uno y otro dejaban en pié la mayor parte de las ideas y de los abusos por cuya estirpacion habian combatido durante diez y ocho meses, los hombres de Acapulco, del Peregrino y de Zapotlan. El plan de México era una mala transaccion de lo pasado, falto de apoyo, con la revolucion que venia triunfante: el plan de San Luis era una grande ambicion tendiendo la mano en ademan de amparar, pero realmente pidiendo ayuda al clero y al ejército, que se consideraban amenazados.

Firmes se mantuvieron los caudillos de la revolucion contra el gobierno de Carrera, y no fué menor la ener-

gía con que se opusieron á las pretensiones de Haro. Sin embargo, aquí se trataba de una dificultad mucho mas grande que la primera. El plan de San Luis podía no considerarse como una usurpacion hecha por unos cuantos jefes, que aprovechándose de la ansiedad pública, habian creado un gobierno sobre las ruinas del antiguo. Haro no era una entidad intrusa en la revolucion por las recientes circunstancias; no acababa de servir al dictador en los primeros puestos del Estado, como sucedia respecto de los hombres de la capital: Haro era un ciudadano proscrito por la dictadura, á la cual habia hecho una guerra implacable; un enemigo declarado de la tiranía desde el tiempo en que ésta se hallaba en todo su esplendor; era en fin uno de los hombres de la revolucion que habia triunfado. En consecuencia de todo esto, el plan de San Luis, que representaba por un lado las buenas tendencias de la causa popular, y que por otro ligaba con los intereses de ella el interes de clases poderosas, era una cosa temible para el plan de Ayutla y para sus hombres. Si uno de ellos no hubiera reunido en su persona las raras prendas que así dominan los acontecimientos como avasallan las voluntades, la revolucion se habria perdido precisamente en la hora de su triunfo: al tocar la puerta de nuestras ciudades, éstas la habrian rechazado como á una desconocida, y ella habria tenido que volverse á sus montañas.

No fué así: Dios habia querido que por entonces la sangre de Zapotlan fuese la última que se vertiera, y que la espada que allí habia domeñado el postrer esfuerzo de la tiranía, no volviese á desenvainarse sino en una ocasion mas solemne, y en mas espléndido teatro, para firmar con ella una paz larga y venturosa.

El general Comonfort se dirigia de Colima á Guadalajara, cuando supo en Santa-Anna Acatlan, el 20 de Agosto, los acontecimientos ocurridos en México el dia 13, así como los que habian tenido lugar en el mismo sentido, en San Luis, Zacatecas y la misma ciudad de Guadalajara. Dió las órdenes convenientes en virtud del nuevo aspecto que ya presentaba la situacion, y continuó su marcha hácia la capital de Jalisco, á donde llegó el 22. Allí fué recibido con el entusiasmo que siempre escitan los hombres generosos que lidian por la libertad de su patria; y el dia siguiente dirigió una proclama á los habitantes de la ciudad, manifestándoles el propósito de hacer por ellos y por la nacion entera, cuanto estuviera en su mano para realizar las promesas del plan de Ayutla.²

En Guadalajara dictó Comonfort las medidas convenientes para que la revolucion marchara á su fin, sin estraviarse en el intrincado laberinto por el cual

2 Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXVI.

tenia que andar entonces; respondió á las invitaciones que se le hicieron para que reconociese el gobierno del general Carrera, con aquel poder de razones y de convicción, que recordando dos años de combates, pesaba tanto en la balanza de los acontecimientos; estipuló con Don Antonio Haro una conferencia para celebrar un avenimiento que diese por resultado la paz de la República: y despues de tomar para Jalisco disposiciones bienhechoras, de haber hecho formar el Estatuto Orgánico del departamento, y de nombrar gobernador á Don Santos Degollado, salió de Guadalajara con su division el 13 de Setiembre, despidiéndose de los habitantes de Jalisco con aquellas palabras mágicas que anunciaban á los pueblos la próxima terminacion de sus infortunios, y un porvenir de libertad y de ventura.³

La conferencia con Don Antonio Haro debia ser en Lagos el 16 de Setiembre, y á ella estaba citado tambien Don Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, que habia proclamado en aquel departamento un plan distinto del de Ayutla, y que parecia inclinado á prestar su adhesion al de San Luis. Una brigada del ejército á las órdenes del general Márquez, que acompañaba al gobernador Doblado, daba en cierto modo robustez al pronunciamiento de San Luis, que era se-

³ Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXVII.

guramente para el elemento militar, mas halagador que el plan de Ayutla, en el cual no constaban tan espresamente manifestadas las garantías que necesitaba el ejército. La República entera estaba pendiente de aquella conferencia; y como eran tan considerables las fuerzas que sostenian los nuevos intereses del plan de San Luis contra los intereses antiguos de la revolucion, creyóse generalmente que iban á prevalecer las pretensiones de Haro.

Asi habria sucedido probablemente, si el hombre á quien estaba entonces confiada la suerte de la revolucion, no hubiera sido tan hábil político y prudente negociador, como intrépido soldado y valiente capitán.

De Guadalajara á Lagos, la marcha del general Comafort fué una ovacion continua: los pueblos salian á victorearle y le colmaban de aplausos, y por todas partes era acogido con las muestras de cariño y de gratitud que escita el libertador de un pueblo. Las autoridades de Lagos y las personas mas distinguidas de la ciudad, salieron á recibirle el dia 14 á dos leguas de distancia, y en la plaza principal se habia erigido un arco de triunfo con inscripciones en honor del afortunado caudillo.

Una feliz casualidad, de esas que suelen acompañar al genio y constituyen la fortuna de los grandes hom-

bres, hizo que en la mañana del 16 recibiera Comonfort la noticia de haberse acabado el gobierno del general Carrera, y de haber sido adoptado sin variación alguna en la capital el plan de Ayutla. Con esto pudo ya presentarse en la conferencia, pertrechado con el poder de aquel importante acontecimiento, que aconsejaba la sumisión al mismo plan, á todos los que de buena fé querían que no se prolongaran los conflictos de la nación.

La conferencia se celebró á las diez del día en la casa del marqués de Guadalupe donde Comonfort estaba alojado. Este llevaba consigo al Licenciado Don Joaquin Angulo; Doblado y los generales Echeagaray y Márquez representaban al departamento de Guajuato y su guarnición; Haro personificaba el plan de San Luis, y representaba los votos de los pueblos que se le habían adherido.

No hubo mucho que discutir en la conferencia. Prescindiendo de que la revolución tenía una ley reconocida y aceptada por todos los que habían hecho la guerra á la dictadura, se presentaba palpitante en aquellos momentos, el reciente hecho de haber caído ya un gobierno establecido, solo porque no había tenido por base aquella ley. Y si esto había sucedido á la administración del general Carrera, ¿cómo había de

ser mas feliz cualquiera otra, que tuviese por fundamento las mismas infracciones, la misma ilegitimidad y el mismo desconocimiento del plan de Ayutla? Nada tuvieron que oponer los de la conferencia á estas y otras razones, dichas allí con el acento de la franqueza, de la convicción y del patriotismo, por el mismo hombre que había hecho la ley de la revolución, que la había sostenido en sangrientos combates, y que estaba dispuesto á defenderla contra sus nuevos enemigos, con la misma resolución que había manifestado ante el formidable poder de la dictadura.

La conferencia terminó á las tres de la tarde, dando por resultado los *Convenios de Lagos*, por los cuales Don Manuel Doblado y Don Antonio de Haro y Tamariz, se obligaron á reconocer el plan de Ayutla sin ninguna modificación, y á respetar y obedecer al general Alvarez como general en jefe, y al general Comonfort como su segundo.⁴

Don Ignacio Comonfort acababa de salvar á la revolución de uno de los mayores peligros que había corrido desde su nacimiento en Ayutla. Acapulco y Michoacan habían revelado al guerrero y al patriota: Lagos revelaba al hombre de los buenos consejos.

Su proclama de aquel día está llena de las efusio-

⁴ Véase este convenio en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXVIII.

nes que aquel acontecimiento feliz debia causarle. Al felicitar á su patria por el triunfo de la causa popular, salieron de su boca ardientes votos de gratitud hácia el Supremo Hacedor de las sociedades, bellas palabras de amistad y de respeto para el venerable caudillo de la revolucion, puros consejos de union y fraternidad para todos sus conciudadanos. Aquellos acentos fueron á conmover las fibras de todos los corazones jenerosos, y fueron para las pasiones alborotadas como la voz de Dios que calma las tempestades.⁵

Celebrado el convenio de Lagos, marchó Comonfort á Guanajuato, donde le aguardaban las mismas muestras de respeto y de gratitud que en todas partes. Allí sirvió tambien su presencia para calmar los espíritus, que se hallaban ajitados por las incertidumbres de la situacion: hizo que se adoptara el plan de Ayutla como la única ley que por entonces podia salvar la patria; y despues de haber dictado sábias providencias para bien del departamento, salió de Guanajuato el 28 de Setiembre, despidiéndose de aquellos habitantes con una proclama, en la que les aconsejaba huir de toda exajeracion, recomendándoles el amor al orden y á la libertad, como siempre lo hacia.⁶

⁵ Véase esta proclama en el *Apéndice* Núm. XXIX.

⁶ Véase en el *Apéndice* Núm. XXX.

Su tránsito por el interior de la República fué una marcha triunfal: las ciudades le abrian las puertas y le recibian entre aplausos y regocijos; los habitantes del campo salian á los caminos para verle, y en todas partes era aclamado como un redentor del pueblo, que venia á dar al país libertad, justicia y felicidad.

Todos los periódicos de la capital y de los departamentos le preconizaban como el vínculo de union entre los mexicanos; todos los partidos ensalzaban á porfia sus virtudes, y todos le proponian como el ciudadano mas digno de ocupar la presidencia. Si en el plan de Ayutla no hubiera estado señalada la manera de eleccion, Comonfort habria sido desde luego el jefe del Estado, en virtud de aquella aclamacion general.

Sobran razones para presumir que un sentimiento de modestia y de delicadeza le hizo retardar su viaje á Cuernavaca, para donde estaba citado con los demas caudillos. Idoló del pueblo, aplaudido como un héroe, circundado de la brillante aureola de triunfador, ensalzado por todas las clases y todos los partidos, designado en fin por la opinion pública como cabeza de la nueva situacion que iba á crearse, esta aura popular podia ser un obstáculo á la libertad de la eleccion: él debió conocerlo así, y hubo de comprender que convenia á su decoro no estar presente con el resplandor

de su gloria á la eleccion presidencial. De otro modo, no se alcanzan los motivos que tuvo para no llegar á Cuernavaca sino hasta el 5 de Octubre, cuando desde el 16 de Setiembre en que se hicieron los convenios de Lagos, no hubo motivo grave que le detuviera en el camino.

El general Alvarez nombró en Iguala el 24 de Setiembre los representantes de los departamentos que debian elegir al presidente provisional, conforme al plan de Ayutla, disponiendo que se reuniesen en Cuernavaca el 4 de Octubre para cumplir su encargo. En seguida marchó para aquella ciudad con su division, y llegó á ella el 2 de Octubre, en cuya fecha dió un manifiesto, anunciando que iba á terminar su mision, y que instalado el nuevo gobierno, prestaria la debida obediencia al supremo magistrado que fuera elegido por los representantes.

Estos se reunieron en Cuernavaca el dia señalado: el general Alvarez los escitó en breves palabras á que eligiesen para la presidencia á una persona digna de ocupar tan alto puesto, por su probidad, por su patriotismo y por las demas cualidades necesarias en el primer magistrado de un pueblo libre. En seguida se quedaron solos, y eligieron presidente interino de la República al mismo respetable general que tan felizmente habia conducido la revolucion hasta aquel punto.

La eleccion del general Alvarez no gustó á todos. Habia corrido la voz de que el anciano caudillo no queria ser presidente, porque ni su edad, ni sus enfermedades, ni su género de vida le permitian ponerse al frente del gobierno. Contábase que tanto el jefe de la revolucion como los demas caudillos, se habian puesto de acuerdo desde mucho antes, para hacer que Comonfort subiese á la primera magistratura; y se decia sin embozo, que la eleccion de Alvarez habia sido el resultado de malas intrigas. Para apoyar estas suposiciones, se comentaba de mala manera la circunstancia de que el general en jefe hubiera nombrado á los representantes en Iguala, y la de haber dispuesto que fuese Cuernavaca el lugar de la eleccion, sin aguardar á que Comonfort llegara, y sin pedirle consejo sobre unos puntos tan importantes, como lo habia hecho siempre hasta entonces. En fin, se murmuraba altamente del resultado de la eleccion presidencial; y Dios sabe hasta donde habrian llegado aquellas murmuraciones, si no hubiera alzado su voz para acallarlas el que ya entonces era el ídolo del pueblo. Comonfort llegó á Cuernavaca el 5 de Octubre, un dia despues de la eleccion; y viendo el nublado que se estaba formando á causa de ella, hizo callar á los descontentos, manifestando por medio de los periódicos, que á nadie habia juzgado mas digno de la presidencia que al venerable caudillo del Sur, que su gobierno era legítimo

y eminentemente nacional, y que protestaba sostenerle con todas sus fuerzas.⁷

El nuevo presidente nombró su ministerio, y dió al general Comonfort la cartera de guerra, nombrándole además general en jefe de las tropas del distrito, con cuyo carácter vino á la capital el 8 de Octubre.

Las pasiones se hallaban exaltadas; habíase despertado la ambición de los partidos; la prensa habia empezado á desenfrenarse, rotas las prisiones que la habian tenido encadenada por tanto tiempo; habia una alarma general; y las dificultades de la situación se aumentaban con la circunstancia de estar el gobierno en Cuernavaca, donde permaneció aún por algunos dias el nuevo presidente. En aquel periodo de tantas crisis debió la capital de la República la conservación del orden al general Comonfort.

No es de omitirse aquí una circunstancia, que debe tenerse presente para juzgar bien algunos acontecimientos futuros. Triunfante la revolución, habíase conservado en su seno el odio mas profundo hácia el ejército que la habia hecho tan cruda guerra. La idea de disolverle iba prevaleciendo en la opinión que mas abiertamente podia manifestarse entonces, y acaso es-

⁷ Véase en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXI, la carta que dirigió Comonfort al Siglo XIX, sobre el asunto de que aquí se trata.

taba también en el programa de los partidos dominantes. El hecho es, que si no se trató formalmente de la disolución del ejército, hubo por lo menos grandes amagos de realizarla. Comonfort, que como miembro del gabinete se habia opuesto ya á que se adoptasen violentas medidas en otros ramos, se opuso también como ministro de la guerra, á que se adoptase la relativa al ejército; y á costa de esfuerzos increíbles, y de pasar tal vez por poco ardiente revolucionario ante la exaltación democrática de aquellos dias, consiguió que se aplazara para mas adelante aquella cuestión, no sin dejar establecido como punto esencial de la política futura, que la clase militar debia ser reformada como todas, pero en ningun caso destruida. Los individuos del ejército se lo agradecieron entonces, aunque despues muchos de ellos lo olvidaron.

Las dificultades no se acabaron con la traslación del gobierno á la capital. El respeto que inspiraba el anciano caudillo del Sur, no era bastante á sofocar las manifestaciones de descontento que se hacían por todas partes. Asomaban en diferentes puntos de la República síntomas de nuevos pronunciamientos y rebeliones; y en Guanajuato se pronunció al fin el gobernador Don Manuel Doblado, desconociendo al gobierno de Alvarez, y proclamando presidente de la República á Don Ignacio Comonfort.

No necesitaba esto el presidente interino para abandonar un puesto que no habia ambicionado, y del cual deseaba separarse, para vivir con el sosiego que reclamaban su edad y sus modestas costumbres. Antes de saber las ocurrencias de Guanajuato, y llenada ya la principal mision de su gobierno con la convocatoria del congreso constituyente, determinó dejar el mando, y nombró presidente sustituto al hombre á quien designaba para aquel puesto la opinion pública: era tambien el que la opinion privada del venerable caudillo habia señalado de antemano como merecedor de tamaña honra.

El 12 de Diciembre se publicó el decreto por el cual fué nombrado presidente sustituto de la República el general Don Ignacio Comonfort; y con este motivo hubo en la capital escenas lamentables de desorden, que promovieron gentes descontentadizas y apasionadas. Habian perjudicado para con ellas al ilustre caudillo, las ideas de moderacion y de templanza que habia manifestado en el seno del gabinete, y las alabanzas que le habian tributado otros bandos políticos que no habian sido antes partidarios de la revolucion reformadora. Pensaron, pues, algunos, que el advenimiento de Comonfort al poder, importaba tanto como un paso hácia la reaccion; y arrastrados por esta quimera, encendieron las pasiones populares, alborotaron

á las turbas, y prorumpieron en gritos sediciosos por calles y plazas.

No era hombre Comonfort que en medio de tales demostraciones, aceptase un puesto que por otra parte no podia ofrecer entonces ningun aliciente ni aun á la ambicion mas desmesurada; y aunque bien conocia que significaban muy poco los gritos que contra él se habian levantado, bastaba para su delicadeza y su decoro, el que se opusieran algunos, para que él se negara abiertamente á tomar posesion de la presidencia. En vano se señaló dia para la ceremonia, y en vano le rogaron el presidente interino, los hombres del gobierno, sus numerosos amigos, y aun los partidarios juiciosos de las opiniones que se habian alarmado: él permaneció invariable en su resolucion, y no cedió al fin sino á los dobles esfuerzos de la amistad y del patriotismo, que se juntaron en un momento solemne para vencer aquella resistencia.

Era grande la agitacion que reinaba en la capital; y Alvarez conoció que si se prolongaba aquella crisis, podia sobrevenir algun grave trastorno. Entonces el anciano presidente sale de palacio, dirijese á casa de Comonfort, le saluda y le abraza con toda la efusion de camarada y de amigo; y casi con las lágrimas en los ojos, representándole el peso de sus años y de sus

dolencias, é invocando los santos nombres de la amistad y de la patria, le ruega que acepte el puesto para el cual le habia nombrado. Comonfort no pudo resistirse, y aceptó resignadamente la mision de honor y de sacrificios que se le confiaba.

La conducta del general Alvarez, descendiendo voluntariamente de la cumbre del poder, para volver á la vida privada, y rogando á otro con ese poder tan codiciado, es un rasgo de desprendimiento y abnegacion, de que ofrece pocos ejemplos la historia. En nuestro siglo de relajacion y de torpes ambiciones, solo podia elevarse á tanta altura el modesto ciudadano que pocos dias despues, ya en camino para el rincon de su tierra natal, escribia estas hermosas palabras, dignas de un republicano de los tiempos antiguos: "Pobre
" entré en la presidencia, y pobre salgo de ella; pero
" con la satisfaccion de que no pesa sobre mí la
" censura pública, porque dedicado desde mi tierna
" edad al trabajo personal, sé manejar el arado para
" sostener á mi familia, sin necesidad de los puestos
" públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de
" la orfandad y de la miseria."

Puesto Don Ignacio Comonfort á la cabeza del gobierno, se restableció la calma que ya se iba perdiendo en la capital, y los descontentos se convencieron muy

pronto de que el hombre de Ayutla y de Acapulco, aunque libre de las exajeraciones políticas y exento de pasiones revolucionarias, era el hombre de la libertad, de la reforma y del progreso.

Su advenimiento al poder llevó la quietud á los ánimos que se agitaban en toda la República: los pronunciados de Guanajuato depusieron su actitud hostil, y le prestaron obediencia; y los pendones rebeldes que ya se levantaban para protestar contra el orden de cosas establecido, se humillaron á los piés del buen ciudadano que habia sabido inspirar á sus compatriotas tanto respeto, é infundirles tantas esperanzas.

La revolucion habia triunfado, y estaba consumada por fin la grande obra empezada en Ayutla. Nacida en un humilde pueblo del Sur, refugiada en las asperas de sus montañas, y conducida al través de mil peligros por los varones esforzados que mecieron su pobre cuna, la hemos visto crecer, propagarse y engrandecerse, hasta el punto de reinar hoy como señora, y de ser en México la base del porvenir. Débil y flaca al principio, perseguida y ultrajada, ludibrio de los poderosos y escándalo de los humildes, hoy lleva sobre sus hombros los destinos y las esperanzas de un pueblo, y tienen que humillarse ante ella los que antes la desdeñaban. No es la primera vez que nacen

en un pesebre, y se alimentan de persecuciones, y crecen con la sangre de sus mártires, las grandes ideas regeneradoras de la humanidad. Por un oculto designio de la Providencia, que no nos explicamos, pero que siempre advertimos, las redenciones sociales y políticas de cada pueblo, se parecen á la Redención universal del mundo: llegan con trabajo desde el Gólgota al Capitolio, y se albergan en la barca de un pescador, mucho antes de alojarse en el Vaticano.

Hemos visto á la revolucion, despreciada y aborrecida, puesta en ridículo y ensangrentada en el cadalso, derrotar á sus enemigos en todas partes y de todas maneras: á los ejércitos en los campos de batalla, á los calumniadores en la opinion pública, á los verdugos en el suplicio donde pensaban acabar con ella. Bello episodio, al par que sangriento, de la lucha tenaz que sostiene el derecho contra la fuerza en todo el globo, la revolucion de 1854 no es tan grande por haber derrotado á la tiranía, cuanto por haber alcanzado una espléndida victoria contra los gérmenes de corrupcion y de muerte que la demagogia habia infiltrado en su seno. No sabemos los bienes que hará á la nacion que la sostuvo en medio de tantos dolores y á costa de tan crueles sacrificios, porque todavía está oscuro y tenebroso el porvenir: pero bienes positivos son haber dado á conocer á México, que el orden

sin la libertad es un fantasma, que la libertad sin el orden es una quimera, y sobre todo, que entre los hijos de este país hay hombres que valen tanto para su patria como los mas famosos personajes de Grecia y Roma. Si ahora se exajera el principio de la libertad, como exajeró la dictadura el principio del orden, y si por esta causa la República se pierde, no será culpa de la revolucion ni de los hombres que la consumaron. Estos hombres pueden decir á los mexicanos: "vuestra libertad ha costado muy cara; no por vuestras pasiones volvais á caer en la servidumbre."⁸

⁸ Empti estis pretio magno. . . . Nolite fieri servi hominum.

SAN PABLO.